

VIDA Y PROPOSITOS DE SAN LEONARDO DE PORTO-MAURICIO

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-Sevilla**

CON LICENCIA ECLESIASTICA

Imprime **CADIGRAF, S.A.**
 Mendez Alvaro, 34
 Tels. 468 61 01 y 468 60 47
 28045-Madrid

Deposito Legal-M-9733-89

I S B N.-84-7770-154-7

SAN LEONARDO DE PORTO-MAURICIO DE LA ORDEN FRANCISCANA (1676-1751)

Este gran misionero franciscano cuyas predicasiones dejaron tan honda huella en Italia durante la primera mitad del siglo XVIII, mereció que el Excmo. Sr. Pieragostini, obispo de San Severino, escribiera este singular elogio: "El predicador *Leonardo* es un *león* (en latín *leo*) por la fuerza de los argumentos y de las palabras que emplea, pero aún más es un fragante *nardo* que regocija a toda la Iglesia con el suvísimo olor de sus ejemplos". De esta manera daba a entender que San Leonardo tuvo el celo de un apóstol y la virtud de un santo. Un breve estudio de su vida nos permitirá profundizar en la verdad le aquellas afirmaciones.

Nació este esforzado varón el 20 de diciembre de 1676, en Puerto Mauricio, lugar bañado por las olas del golfo de Génova de cuya república dependía entonces. El mismo día en que sus ojos se abrieron a la luz natural, su alma, regenerada por las aguas bautismales, se abría a la luz de la gracia; le fueron impuestos los nombre de Pablo Jerónimo.

Su padre, Domingo Casanova, capitán de cabotaje, poseía fe sólida y virtud sincera. La madre mu-

rió cuando Pablo contaba dos años. Sin embargo, su primera educación no sufrió excesivamente de esa pérdida, gracias a sus piadosos abuelos, y muy particularmente a María Riolfo, con quien casó su padre en segundas nupcias. El huérfano tenía seis años cuando esta piadosa mujer le tomó bajo su tutela con afecto maternal. De cuatro hijos que nacieron de este segundo matrimonio, dos se alistaron con nuestro Santo en las milicias de San Francisco de Asís, y una hija entró con las Dominicas; únicamente el cuarto permaneció en el siglo.

Muy pronto se echaron de ver las excelentes cualidades de Pablo y, sobre todo, su tierna devoción a la Virgen María. ¡Con cuánto placer pasaba las cuentas de rosario! ¡Con qué filial confianza se prostaba ante la soberana Señora para encomendar a su bondad todos los acontecimientos grandes y pequeños que le ocurrían!

Cuando estuvo en edad prudente, fue enviado a cursar estudios en la escuela pública de Puerto Mauricio. Habiéndole dotado el Señor de muy notables disposiciones para las letras, y como no le faltara al niño voluntad con que hacerlas valer, consiguió rápidos resultados.

En vista de ello, no vacilaron sus padres en aceptar una espontánea y generosa oferta que desde Roma les hacía Agustín Casanova, tío paterno del niño, para que éste fura a continuar sus estudios en dicha ciudad.

El estudiante

Catorce años contaba Pablo Jerónimo cuando se dirigió a la Ciudad Eterna. Su carácter franco y expansivo y la gran inteligencia de que estaba dota-

do le conquistaron el aprecio de sus maestros. Entre la fogosa juventud de tan diversas naciones y lenguas que frecuentaba aquellos centros docentes, encontró las seducciones y peligros propios de su edad y se sintió solicitado al mal de diferentes maneras. Era preciso que se cumpliese en él, como en todos los grandes santos, que así como el oro se prueba en el crisol, pruébese en la tentación el hombre justo. Nuestro estudiante mantúvose humilde y modesto, amante de la disciplina, esforzado en el trabajo, ocupado continuamente en el estudio y en la oración, en la ciencia y en Dios. Su íntimo amigo Pedro Miré, nos dice: "Con él los paseos de los días de asueto comenzaban con el rosario".

Siendo miembro de la Congregación de los Doce Apóstoles, que los Jesuitas dirigían, tuvo que dedicarse a ciertas obras de apostolado seglar como explicar el catecismo a los niños y atraer a la iglesia a los ignorantes y desocupados. Según él mismo declaró más tarde, viviéndole tales obras para su conservación moral. En el poco tiempo que le quedaba libre se deleitaba leyendo las obras de San Francisco de Sales, entre ellas su admirable *Introducción a la vida devota*.

La vocación

El pensamiento de consagrarse al servicio de Dios a fin de no vivir más que para El, iba apoderándose gradualmente de su alma. ¡Qué profunda emoción experimentó cuando después de una confesión general habló del asunto al P. Grifonnelli, su director espiritual! Pensando en la dicha experimentada entonces derramó abundantes lágrimas de consuelo.

Aun no había determinado en qué Orden realizaría su santo propósito, cuando cierto día vio a dos frailes descalzos. Hondamente impresionado por su modestia, siguiólos hasta el convento de San Buena-ventura, ocupado por los Franciscanos reformados. Acertó a entrar en la capilla cuando los religiosos entonaban el *Converte nos, Deus, salutaris noster*, de Completas: “Conviértenos, Señor, salvador nuestro”. Estas palabras fueron para él como un al-
dabonazo decisivo de la gracia.

Resuelto a tomar el hábito franciscano y alentado en tal resolución por su director espiritual y por varios teólogos a quienes consultó, faltábale solamente comunicarlo a su tío. Sorprendido éste de la determinación de Pablo, amonestóle seriamente y aun le expuso ciertas razones para obligarle a mudar de resolución. Por fin, viendo que todos sus esfuerzos se estrellaban contra una voluntad inquebrantable, echóle de su casa sin ninguna consideración. Muy angustiado por aquel abandono, Pablo se encaminó a casa de su primo Leonardo Pongetti, casado con una hija de Agustín Casanova. Dispensáronle cariñosa acogida y le brindaron ayuda y protección. Quedó nuestro Santo tan agradecido por este favor que, el día en que tomó el sayal franciscano, eligió para sí el nombre de Leonardo, con el cual es conocido.

En cuanto a Domingo Casanova no pudo contener sus sollozos al saber la inquebrantable determinación de su hijo; pero no tardó en reaccionar. Fué-
se a la iglesia y allí teniendo en sus manos la carta de su hijo, ofreció a Dios con gran generosidad el gran sacrificio que le pedía. Animado con la gracia divi-

na, escribió en seguida a Pablo: “Vete hijo mío; obedece ante todo el llamamiento de Dios”.

Pocos días después el estudiante daba gracias a Leonardo Pongetti y se despedía del padre Grifonelli y de Pedro Miré para abandonar el mundo y encerrarse con inefable contento de su alma en la apacible soledad del noviciado de Ponticelli.

Llegó a este suspirado refugio en septiembre de 1697 y el 2 de octubre vistió el hábito de San Francisco.

Durante el año del noviciado aplicóse con gran esmero en la adquisición de las virtudes de su nuevo estado para imprimir en su alma el carácter distintivo de la Orden seráfica, el admirable y nunca bastante ponderado espíritu del pobrecillo de Asís. Hecha la profesión, cursó seis años en las aulas formándose para el apostolado mediante el asiduo estudio de San Buenaventura del Beato Juan Duns Scoto y de Santo Tomás. Durante sus estudios, sobresalió como modelo en aprovechamiento y santidad, por lo que tuvo siempre gran prestigio entre sus condiscípulos. Siendo todavía diácono, predicó brillantemente la Cuaresma a las trescientas jóvenes del asilo de San Juan de Letrán.

Llegó por fin el día en que fray Leonardo debía recibir el presbiterado. Cantó su primera Misa con grandísima piedad, a imitación de San Francisco de Sales, a quién tomó por modelo en la celebración de los divinos oficios. Varias veces durante sus estudios manifestó nuestro Santo su anhelo de acudir a las misiones de China; pero, como vamos a ver, la Divina Providencia tenía otros planes.

Disponíase a embarcarse para aquellas tierras en busca del martirio que tanto ansiaba, cuando causas

inesperadas hicieron fracasar su intento. Los Superiores, con gran satisfacción de todos, encomendaronle la Cátedra de Filosofía. Desempeñábala el joven profesor con mucho acierto cuando de pronto se sintió acometido de una grave enfermedad que amenazó dar al traste con las halagüeñas esperanzas en él fundadas.

Obligado a dejar su cátedra, a cambiar de aires y a entregarse a completo reposo, no se consiguió resultado satisfactorio. Sus superiores le enviaron a Roma a Nápoles y luego a Puerto Mauricio; todo fue inútil, el mal seguía implacablemente su marcha. Ante la impotencia de los remedios humanos, él recurrió a la Santísima Virgen, prometiéndole consagrarse al apostolado de las misiones si curaba. Curó en efecto, y al poco tiempo convirtiéndose en el Apóstol de Italia.

El misionero

San Alfonso María de Ligorio, su contemporáneo, le llamaba “el gran misionero de su siglo”. En efecto, Leonardo consagró cuarenta años de su vida al apostolado, imponiéndose un trabajo tal que agotó sus fuerzas completamente. Su celo no temía ni desdeñaba ningún auditorio, tratárase del Papa o de cardenales, obispos, religiosos, profesores y alumnos de universidades, oficiales con sus tropas, gente de mala vida, pobres y personas de toda clase y condición. Para que los presos, los condenados a trabajos forzados y los enfermos no quedaran sin misionar, él mismo se arreglaba para ir en su busca sin reparar en sacrificios. Predicó en grandes ciudades como Roma, Florencia, Génova; pero no abandonó villas ni aldeas, ni aun cuando en los últi-

mos años de su vida su delicada salud exigía especiales cuidados. El Señor recompensó su celo, pues las gentes acudían en masa para oír su palabra. Quince, veinte y hasta treinta mil personas se congregaban para recibir del gran misionero la bendición papal con que terminaba ordinariamente sus ejercicios.

Raros, rarísimos fueron los que se resistieron a su llamamiento aun en circunstancias en que la prudencia hacía suponer lo contrario, por ejemplo, en las dos ocasiones siguientes:

El carnaval en Gaeta y en Liorna

Era en Gaeta, ciudad del reino de Nápoles. Aproximábase el Carnaval y la población, casi exclusivamente militar, había hecho preparativos como nunca. Comienzan a la vez la predicación de fray Leonardo y los festejos. Dios y el demonio, la gracia y el placer se encuentran frente a frente; ¿para quién será la victoria? Cosa sorprendente; desde los primeros actos, la misión es concurridísima al tiempo que las fiestas fracasan por falta de público. Los organizadores no consiguieron más asistencia que la de algunos disolutos empedernidos. Al verse vencidos, acudieron también a la misión y terminaron por ser los más fieles.

Un caso muy parecido sucedió en Liorna. Esta ciudad marítima parecía una sentina de vicios. Dios sabe el género y variedad de diversiones que preparaban con ocasión del Carnaval. Llegó Leonardo apresuradamente y predicó con tanta unción que no se habló más de Carnaval; los teatros se cerraron como por encanto, y los confesionarios se vieron invadidos de tal suerte que se creyó prudente poner guardias en las iglesias para evitar desórdenes por la

aglomeración. El baile de máscaras que preparan los organizadores, fue reemplazado por una procesión de penitentes.

Misión de Córcega

Esta isla era entonces posesión de Génova. Como algunos de sus habitantes, aprovechando de las guerras del continente; pensaron declarar la independencia estalló una gran fraticida entre enemigos y partidarios del régimen. Incendios, robos, asesinatos, rivalidades mortales entre familias, fieros combates entre los distintos partidos: toda la furia del infierno descargó sobre la isla en aquellos aciagos días, sembrando por doquier la ruina y la desolación. Para devolver la paz y la fraternidad a aquel desdichado país, la República de Génova recurrió a Leonardo cuya oratoria persuasiva, espíritu patriótico y tacto político reconocían todos. Desembarcó en la isla en 1744.

Predicó incansablemente, multiplicó los ejercicios de misiones y, poniendo la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo ante la consideración de su auditorio por medio del ejercicio del Viacrucis, consiguió reconciliaciones emocionantes y hasta muy heroicas. El que más resistencia puso fue un jefe de bandidos, harto temido y respetado, a quien llamaban "El Lobo". Es una ocasión le dijo el Santo:

—Ah, hijo mío, el diablo te impulsa a rechazar la paz; pero Dios te ordena lo contrario.

—Si me lo ordena —contestó—, quiero hacerlo.

Y, dicho esto, arrojó al suelo su arcabuz mientras gritaba:

—¡Viva la paz!

Los demás compañeros arrojaron sus armas y respondieron: “¡Viva!”.

Pero el misionero no se contentaba con predicar; oraba y ponía todos los medios para demostrar al pueblo cuánto le amaba y cuán dulce es la paz entre hermanos. Para que esa paz fuese duradera, estableció en cada pueblo cuatro magistrados encargados de arreglar las desavenencias y tomar juramento a los principales jefes para renunciar a sus personales venganzas. También indicó al gobierno central los medios adecuados para mantener en obediencia al país. En todo cuanto hizo mostró ser un gran hombre de Estado.

El Santo

Pero el secreto del éxito de Leonardo no estribaba en artificios retóricos. Aunque tuvo las cualidades de orador popular: claridad en la exposición, abundancia de comparaciones, entusiasmo, fuerza y sonoridad en la voz; sólo en la santidad de su persona se ha de ver la causa de la influencia maravillosa que aquélla ejercía en cuantos le oían o trataban.

Después de haber orado mucho y de hacer muy austeras penitencias, sabía el púlpito penetrado profundamente de los divinos misterios; todo predicaba en él; todo hablaba al corazón: su mirada, su gesto sobrio, su rostro demacrado por los ayunos, el calor comunicativo de sus convicciones. Cuando notaba en su auditorio alguna resistencia a la gracia, “¡Sangre! ¡Sangre!”, exclamaba; y, ceñida la frente con una corana de espinas, descargaba duros golpes sobre sus propias espaldas, besaba humildemente los pies a los sacerdotes e imploraba la misericordia

divina ante un público que no podía menos que deshacerse en lágrimas.

Cuando recorría los campos, prorrumplía en alabanzas a Dios. “Señor, dejadme alabaros y bendeciros; dejadme ofreceros tantos actos de amor como hojas hay en el bosque, flores en los campos, estrellas en el firmamento, gotas de agua en los ríos, arenas en las playas del mar”. El Cielo quiso revelar la santidad del humilde fraile y conquistarle la veneración de las muchedumbres con el don de milagros.

Descubría los secretos de las conciencias, anunciaba lo porvenir y curaba frecuentemente a los enfermos. En Metálica, devolvió la vista a Francisca Benigni, madre de familia, ciega durante varios años; en San Germán las campanas tocaron por sí solas, y el granizo acabó con las cosechas de un pueblo que había oído con indiferencia sus exhortaciones.

Achaques y enfermedades. Jubileo en 1750

En 1740, teniendo ya cerca de sesenta y cuatro años de edad, juzgó que debía darse a vida retirada para prepararse a la muerte; pero Benedicto XIV le respondió:

—Hijo mío, soldado eres de Cristo. Un soldado no debe retroceder ante la lucha si ha de morir con las armas en la mano.

Gozoso el Santo con estas palabras del Vicario de Cristo y obediente al Pontífice, redobló su celo por espacio de otros diez años, hasta que un día, agotado completamente, se desvaneció estando en el púlpito.

Después de la guerra, Génova vino a ser teatro de trastornos internos, poco propicios para el trabajo

de las misiones; por lo cual, nuestro infatigable apóstol se corrió hacia el centro y sur de Italia. De 1746 a 1749 evangelizó sucesivamente a Ferrara, Bologna y más de otras veinte ciudades o villas de aquella península.

Benedicto XIV, que le profesaba sincera amistad, quiso que predicase en Roma y otras poblaciones como preparación al Jubileo de 1750. El gran predicador estaba muy debilitado por la edad y por sus agotadoras empresas; mas como no acostumbraba huir del trabajo, emprendió con todos sus bríos las predicaciones antejubilares en medio de la plaza Navona. Desde los primeros días acudió a oírle todo el pueblo, el mismo Papa fue varias veces a oír al anciano misionero e impartió su bendición el último día.

Habiendo conseguido que muchos ganaran el Jubileo, tuvo la satisfacción de poder retirarse a la soledad para ganarlo él a su vez. Llamado nuevamente por el Vicario de Jesucristo, predicó en la iglesia de San Andrés “del Valle” el triduo de clausura del Año Santo. Al día siguiente del Jubileo, predicó en la erección del Vía crucis en el interior del Coliseo; puso tanto empeño en esta obra que se hizo célebre por ella entre los romanos.

Leonardo tenía setenta y cinco años, y la ciudad de Luca, en la que ya había dado cuatro misiones, le reclamaba insistentemente para ganar el jubileo. Y esto fue para él la ocasión de una suprema gira misional.

Como verdadero hijo de San Francisco de Asís, entristecióse al verse obligado, por mandato expreso del Papa Benedicto XIV, a hacer en coches estos últimos viajes. El pueblo de Barbarolo recibió los es-

fuerzos últimos del ilustre misionero, ya completamente rendido y agotado. Fray Leonardo ya sólo anhelaba terminar sus días en Roma, en el convento de San Buenaventura.

Muerte del Santo. Su culto

Al recorrer los Apeninos en su último viaje, sobrevinóle la enfermedad que le llevó al sepulcro. En Foliño, haciendo un supremo esfuerzo, dijo la Santa Misa. “Una misa vale más que todos los tesoros del mundo”, respondió a un compañero que le aconsejaba descansar.

Entrado en Roma, dijo a sus hermanos: “Entonad el Te Deum, que ya responderé”. Y cantando este himno llegó al convento de San Buenaventura. Lleváronle a la enfermería; pidió el Santo Viático y lo recibió con singular piedad. Después de un tierno coloquio con la Reina del Cielo, iluminóse su rostro con celestial resplandor, inclinó ligeramente la cabeza y voló su alma hacia Dios. Era el 26 de noviembre de 1751.

Fue canonizado por Pío IX el 29 de junio de 1867 con otros veintidós santos; su fiesta se celebra el 26 de noviembre, aunque el Propio de la diócesis de Roma la señalaba para el día siguiente.

Después de su muerte se publicaron varias obras suyas.

**PROPOSITOS DE
SAN LEONARDO DE PORTA-MAURICIO**
Que hizo durante unos ejercicios espirituales en el
año 1717 y ratificó con mayor fervor en 1735,
renovándolos de nuevo en 1745.

Propósitos

La Bondad divina, que siempre me llama a un trato más inteior y a una comunicación más íntima con Dios Trino y Uno al que miro con viva fe en el centro de mi alma, se ha dignado llamarme más claramente durante los santos ejercicios practicados en este año de 1745; y habiéndolos hecho como si fuesen los últimos de mi vida, he conocido muy bien que, de día en día, siempre más, se acerca mi muerte. He resuelto por tanto, renovar todos los propósitos hechos en otras ocasiones, y con la bendición de mi Padre espiritual, y con la ayuda de la divina gracia, estoy resuelto a ponerlos en práctica, sin omitir ninguno. Si aconteciere, empero, tener que omitir alguno, me impondré lo antes posible una penitencia, ora recitando un *Miserere*, o ya haciendo una cruz con la lengua en tierra u otra penitencia semejante. A este fin pido el favor de Dios Omnipotente, la asistencia de María Santísima mi amada Madre,

la de San Vicente Ferrer mi abogado, y particularmente la del Seráfico Padre San Francisco, a quien me propongo imitar lo más perfectamente que pudiese en todas las virtudes, pidiéndole a este fin su protección y paternal bendición.

I

Desconfianza propia

1.— Por fundamento de todos mis propósitos, pongo la desconfianza de mí mismo, ya que todas mis caídas en pecados y defectos así pequeños como grandes, proceden ordinariamente de mi soberbia, vanidad, hinchazón de corazón, altanería interior y excesiva confianza en mi propia habilidad; cuando en verdad conozco claramente y lo sé por experiencia, que no puedo exhalar un suspiro, y mucho menos formar un buen pensamiento, ni el más mínimo deseo meritorio ante Dios sin una nueva gracia o un nuevo auxilio divino. En fin, con sinceridad confieso que soy un ignorante, incapaz, inservible, débil, desaprovechado, inútil y que no valgo para nada, y este pensamiento de no tener ni poder nada lo antepondré a todas mis acciones, al menos a las principales, como predicar, confesar, aconsejar y otras semejantes. Confieso y reconozco claramente y por experiencia que todo lo bueno viene de Dios, que Dios es el principal agente y, que a El solo se debe todo el honor y toda la gloria; y estos mismos propósitos los considero como unas gotitas del Océano de la Misericordia de Dios, sabiendo muy bien, que, sin su gracia actual, no los cumpliré, antes haré todo lo contrario. De aquí es que, desconfiando absolutamente de mí mismo, me propongo invocar en todas mis acciones, grandes y pequeñas, espirituales y

temporales, el auxilio de Dios, si no siempre exteriormente, al menos en el interior del corazón, diciendo muchas veces: *Jesús mío, misericordia.*

II

Confianza en Dios

2.— Después de haber desconfiado de mi mismo, pondré en Dios toda mi confianza, esperando de El su divino auxilio, y con esta viva confianza tendré por cierto que mi Dios Omnipotente quiere ayudarme, teniendo por seguro e indubitable su favor y ayuda, que pediré con la sobredicha jaculatoria: *Jesús mío, misericordia*, impetrando con ella todas las gracias y auxilios más necesarios y oportunos que necesito para practicar y cumplir tan santos propósitos, para la mayor gloria de Dios, para cumplir su santísima voluntad, para lograr su divino agrado y para corresponder a sus divinas inspiraciones, con las cuales continuamente me estimula, especialmente en el presente retiro, en el que determino cooperar eficazmente a su gracia, como si fuese el último llamamiento. Espero no le seré más infiel como lo he sido hasta aquí; sino antes bien, confiado en su divino auxilio, quiero llevar a cabo y cumplirlo todo minuciosamente, y si faltare alguna vez, haré luego la penitencia, conforme a lo dicho arriba.

Tres son las obras principales del día, que procuraré hacer con suma exactitud, diligencia y atención, y son: la Santa Misa, el Oficio divino y la oración mental.

III

La Santa Misa

3.— En cuanto a la Santa Misa, me prepararé con modo diligentísimo; a este fin me confesaré dos veces al día, tomando tiempo para prepararme: y si alguna vez o por las muchas ocupaciones o por no tener confesor, no pudiese hacerlo a los pies del sacerdote, me confesaré espiritualmente a los pies de Jesucristo, haciendo los mismos actos, e imponiéndome la penitencia, como si realmente me hubiese confesado. Todo esto lo haré para acercarme al altar con suma pureza de corazón, como también para aumentar la gracia, la que confío y espero aumentar más con una sola confesión que con otras muchas buenas obras, sean ellas las que fueren.

4.— Si tuviese oportunidad, recitaré los salmos ordenados por la Iglesia; si no, lo supliré con actos interiores. Jamás dejaré de ofrecer treinta y tres veces la sangre de Jesús al Eterno Padre, para que aquella sangre preciosísima sirva de lavatorio a mi pobre alma.

5.— Nunca celebraré sin cilicio, aunque sea día muy solemne, por tener memoria de la Pasión de Jesús.

6.— Procuraré ser excatísimo en todas las ceremonias, rúbricas, cruces y genuflexiones sin dejar ninguna.

Procuraré modestia suma en lo exterior, y verdadero recogimiento en lo interior: atendiendo al significado de las palabras y ofreciendo aquel divino sacrificio por sus cuatro fines principales, esto es: para alabar a su Divina Majestad digna de infinitas alabanzas; para satisfacer a la justicia de Dios por tantos pecados cometidos; para darle gracias por los

innumerables beneficios que me ha hecho; y para suplicarle como a dador de todas las gracias. Esta oferta la haré en tiempo del *Memento*, y en el discurso de la Misa andaré renovando ahora uno, ahora otro de los dichos fines, uniéndome al Corazón de Jesús.

7.— Procuraré tener intención actual al tiempo de consagrar, si bien la habré hecho ya por la mañana en la sacristía, durante la preparación ordinaria. En el acto de comulgar, excitaré en mi corazón actos de viva fe, de amor, de contricción y de deseo sumo de transformarme todo en Jesús; comulgando cada mañana por viático, como si fuese la última comunión.

8.— Después de la Misa, daré gracias, según costumbre, recitando las oraciones *Anima Christi*, *Obsecro*, etc., con intención de que todo aquello que haga desde la Misa hasta las Completas, sirva de acción de gracias por tan grandes beneficios; así como aquello que hiciere después de Completas hasta la Santa Misa, quiero sea hecho para prepararme a celebrar tan tremendo sacrificio, teniendo siempre presente que mi mayor tesoro y caudal para la preparación y hacimiento de gracias deberá ser un corazón puro y humillado, que iluminado de una viva fe, excite y mueva a muchos actos de humildad, interior, de ofrecimiento, de alabanza, de amor y de contricción.

9.— Y porque la Santa Misa es el mayor tesoro que gozamos sobre la tierra, oiré todas las Misas que pueda y me permitan mis ocupaciones; y todas las mañanas, al hacer el ofrecimiento, formaré la intención y el deseo de oír todas las Misas que aquel día se digan en todo el mundo.

IV

El oficio divino

10.— En cuanto al Oficio divino procuraré que el coro sea el lugar preferente de mis delicias. Por tanto, en el momento de entrar en el coro, me postaré en tierra, adorando al Smo. Sacramento, diciendo la antifona *O sacrum convivium* con su oración. Y colocado en mi sitio, me pondré al momento en la presencia de Dios, recogíendome dentro de mí mismo, y actuando la fe, consideraré en el centro de mi alma presente a toda la Sma. Trinidad; y adorándola humildemente, me serviré de la memoria local con los dedos de la mano, como lo explico a continuación, esto es: moveré el dedo menor, figurando en él mi alma, y haré un acto de desconfianza de mí mismo, considerándome un tronco, inútil para todo lo bueno sin la ayuda de la gracia; y me supultaré con el pensamiento en lo más profundo del infierno, como el peor de todos los demonios, indigno de estar en la presencia de Dios, y de alabarle en compañía de los religiosos. Después moviendo el otro dedo, en el que me figuro al Santo Angel de mi Guarda y a los otros Santos mis abogados; les rogaré que en mi lugar alaben por mí a Dios, le amen y den gracias y le bendigan de mi parte, por ser yo impotente para ello. Luego moveré el dedo de enmedio, que me recuerda a María Santísima, a quien pediré que alabe, ame, dé gracias y bendiga a mi Dios. Moviendo en seguida el dedo índice, suplicaré al buen Jesús que alabe altísimamente, ame y bendiga al Eterno Padre. Y finalmente, moveré el dedo pulgar y me elevaré con un acto de confianza hasta Dios Trino y Uno, protestando de quererle alabar, amar, darle gracias y bendecir en unión de aquellas alabanzas,

bendiciones y acciones de gracias que le dan en el Cielo el Corazón de Jesús, el de María y todos los Angeles y Santos. Y todo esto lo haré brevemente mientras se reúnen los religiosos. Y si rezare el oficio fuera del coro, haré todos estos actos implícitamente, moviendo los dedos del modo dicho.

11.— Principiado el Oficio, procuraré que esta oración vocal, instituida por la Santa Iglesia para alabar a Dios, sea para mí una oración mixta, esto es, a un mismo tiempo vocal y mental. Y para mantenerme recogido y evitar las distracciones, distribuiré los pasos principales de la Pasión por todo el Oficio y los iré meditando del modo siguiente: en el primer Nocturno, meditaré el lavatorio de los pies; en el segundo, la institución del Santísimo Sacramento; en el tercero, la Oración del Huerto; en el primer salmo de Laudes, cuando Jesús salió al encuentro de los soldados y con aquel *Ego sum* los derribó en tierra; en el segundo, cuando fue atado; en el tercero, cuando fue conducido a varios tribunales, y le abofetearon; en el cuarto, cuando le presentaron a Pilatos, guardando admirable silencio; en el quinto, cuando fue encarcelado, entreteniéndome con El a solas en la cárcel. En el *Te Deum y Benedictus*, fijaré la consideración en la Santísima Trinidad, deshaciéndome en actos de amor y de júbilo hacia Dios Trino y Uno, digno de infinitas alabanzas. En la hora de Prima, meditaré la flagelación; en la de Tercia, la corona de espinas; en la de Sexta, la cruz a cuestas; en la de Nona, la crucifixión, en la de Vísperas, la muerte de cruz, meditando en los salmos las cinco llagas; en la de Completas, el descendimiento de la cruz y la triste sepultura. Siempre que se rece el *Gloria Patri* adoraré a la Santísima

Trinidad, y haré un acto explícito de fe, de esperanza y de amor, de acción de gracias y de contricción, con sus motivos: sabiendo y conociendo por experiencia que, para esto, alcanza muy bien el tiempo, contando el que emplean los cantores en decir las antífonas.

12.— Rezando el Oficio fuera del Coro, o cuando se reza en tono bajo, o no hay tiempo suficiente para estos actos, los haré implícitamente, diciendo: *Creo, espero, amo, me arrepiento y doy gracias*, formando intención de hacer estos actos explícitamente, con las palabras sobredichas.

13.— Rezando el Oficio del Coro, lo rezaré siempre de rodillas, meditando en los mismos tormentos de la Pasión arriba dichos, a fin de evitar de este modo la disipación del alma y alabar a Dios con espíritu interior; y si faltare en esto, diré la culpa con grande sentimiento, y aunque no podré meditar como en el Coro, al menos daré una mirada interior al misterio correspondiente.

V

Oración mental

14.— En cuanto a la oración mental procuraré frecuentarla tanto que venga a ser mi pan cotidiano. Jamás dejaré las tres horas ordinarias de la Orden. Y no pudiéndolas hacer de día, impedido por las muchas ocupaciones, las supliré de noche. Cuando la obediencia me ocupare, o me hallare fuera del Convento, ya viajando, ya tratando otros asuntos, guardaré silencio durante dichas horas, y estaré recogido interiormente. Y hallándome solo con el compañero, le rogaré que no me lo impida. Esto resuelvo guardad indefectiblemente, con la ayuda de

la divina gracia; pues conozco que, sin este alimento interior, no observaré ni cumpliré cosa alguna de estos santos propósitos.

15.— Durante las Misiones no se dejará jamás la oración acostumbrada, leyéndose para esto el punto de la meditación. Tendré en cuenta cuando se hace la oración en el Convento para tener entonces el dicho recogimiento interior, bien me halle estudiando, bien tratando otros asuntos, sin exceptuar el tiempo que estoy predicando, pues aun entonces haré algunos actos interiores.

16.— Empero, lo restante del tiempo que tuviere libre de las ocupaciones ordinarias, así en el Convento como en las Misiones, todo lo emplearé en oración, aunque no sea nada más que cortos momentos, hablando con Dios, y estando recogido interiormente en su divina presencia, haciendo varios actos interiores, conforme a lo dicho, o dando también una mirada íntima y amorosa, para gozar de su amabilísimo trato y conversación.

17.— A este fin huiré de los seglares si no ocurre tratar con ellos cosas necesarias, importándome poco o nada ser tenido por selvático e incivil por no visitarlos, ni tratarlos; amando la celda o cualquier rincón del Coro, si me hallo en el Convento, o la habitación, si estoy en Misión hospedado.

18.— El modo ordinario de mi oración será por modo de introversión; buscando a Dios dentro de mí mismo; comenzando ordinariamente por algún punto de la Pasión del Señor, en particular de Jesús crucificado; procurando mover el corazón con varios afectos de humildad, de contricción y de amor; escondiéndome en lo más íntimo del corazón de Jesús crucificado, que es el centro de mi alma; con-

templando allí las grandezas de sus divinos atributos, ya el uno ya el otro; y después de varias entradas y salidas interiores, me detendré en una noticia e ideal general de Dios, que excite en la parte superior de mi alma el amor, que será el fin único de la oración, esto es, tener ocupado el corazón continuamente en amar. Y no encontrando medio más adecuado para este santo fin que el referido recogimiento íntimo, hecho en silencio y desapego de todas las criaturas pido a Dios me quite antes la vida que privarme de este trato de mi alma con El, comunicación que es mi pequeño paraíso sobre la tierra. Si en esto llegare a faltar, estorbándolo yo, ora por mi tibieza, ora con cualquier pequeño apego a las criaturas, o cosas de la tierra, al punto me arrepentiré, me humillaré y diré mi culpa delante de mi Padre espiritual a fin de poner remedio.

VI

Oración de súplica

19.— En cuanto a la oración de súplica para obtener la ayuda de Dios en todas mis acciones, me haré muy familiar la jaculatoria *Jesús mío, misericordia*; habiendo hecho antes un pacto con Dios de que cada vez que profiera o pronuncie estas santas palabras, es mi intención pedirle la gracia eficaz para amarle, y renovar la pura intención de agradarle en todas las cosas, y cumplir su santísima voluntad. A este fin le repetiré, mental o vocalmente, millares de veces al día; sirviéndome esto también de medio para tener ocupado el corazón en Dios y mantener este amoroso trato de mi alma con Dios, que es el negocio de todos los negocios. Conozco que para hacer esto más fácil y más practicable, conviene que tenga in-

formadas las tres pontencias del alma: la voluntad, el entendimiento y la memoria, con las tres virtudes: *fe, esperanza y caridad.*

VII La Fe

20.— Los ojos de la fe puros y limpios hacen al alma señora y dueña de sí misma; la conducen y guían por un sendero seguro a la eterna felicidad. Por tanto no me contentaré con una fe, aunque viva, ordinaria, o, para mejor decir, especulativa; sino que procuraré tener en todas las cosas una fe extraordinaria y práctica, que mire a Dios en todas las cosas, y la enderece y ordene. Esta fe vivísima actual que se halla en la parte superior del entendimiento, esto es, en la inteligencia, me servirá de norma en todas las cosas; y a todas mis acciones, sobre todo las principales, haré les preceda un acto de fe, renovando la presencia de Dios en mi alma, recobrando con esto fuerza para obrar con fervor.

21.— Es cosa cierta que cuanto más práctica sea la fe, creyendo las cosas sobrenaturales como si actualmente se viesen, tanto mayor será el fervor de la voluntad en el bien obrar. Por tanto, me formaré como una especie de soledad mental llamada por mi País de la fe, donde, puestas en olvido todas las criaturas, hablaré y conversaré con Dios, admirando sus grandezas; y no le buscaré en otra parte, sino dentro de mí mismo, en el centro de mi alma, particularmente en el tiempo de la oración como tengo dicho arriba, olvidándome entonces de todas las cosas sensibles. Y aplicándome con la luz de la fe a mirar gustoso la belleza de Dios, entreteniéndome a solas con El, procuraré transformarme lo más que

pueda en El. Y aun fuera de la oración me acostumbraré a mirar en las criaturas la bondad de mi Dios, sin tener cuenta alguna de la corteza exterior, apreciando solamente aquello que está presente en la criatura, que es Dios.

22.— Y espero que, informado de esta manera el entendimiento con la virtud de la fe, que procuraré avivar lo más que pueda me resultará mejor el ejercicio de todas las virtudes. Para ejercitarme frecuentemente en ella, renovaré los actos de fe, teniendo por infalibles sus misterios, que son revelados por la primera infalible verdad.

VIII

La esperanza

23.— La esperanza tiene por objeto la posesión de Dios como bien nuestro. Procuraré excitarla frecuentemente en mi corazón, a pesar del innumerable cúmulo de mis pecados, que ahogará todos en la sangre preciosísima de Jesús; y fundado y apoyado sobre estos cuatro fundamentos, a saber, que Dios quiere salvarme, porque es justo, fiel *misericioso y omnipotente*, tendré como cierta moralmente mi salvación. Más todavía: me alentaré del tal modo, que mi esperanza llegue a ser confianza que es una esperanza robustísima; por lo cual, concebiré una idea tan grande de la misericordia de Dios, que, apoyado en los méritos infinitos de mi Señor Jesucristo, que me aplicaré con frecuencia, ofreceré al Altísimo el valor de las santas indulgencias los sacrificios y los actos de contrición, que frecuentemente excitaré en mi pecho, esperando salvarme sin pasar por el Purgatorio, si bien estoy dispuesto a sufrir de buen grado y aún con acción de

gracias hasta el día del juicio, si así es el beneplácito de Dios.

24.— Esta esperanza extraordinaria no me será perjudicial en manera alguna, antes me servirá de provecho, porque, no excluyendo un santo temor filial, resulta en gloria y honor de Dios, y me hará más diligente en el obrar, mientras que por este santo fin me propongo evitar no sólo los pecados graves, sino también los leves, y las imperfecciones más pequeñas, y también el sumo cuidado y diligencia en ganar muchas indulgencias, y oír muchas Misas; en una palabra, proceder con el mayor esmero en todo lo que conviene a mi aprovechamiento espiritual.

25.— Para conseguir una gracia tan extraordinaria, invocaré frecuentemente la misericordia divina, diciendo a cada momento la sobredicha jaculatoria: *Jesús mío, misericordia*, y me serviré de ella como de un medio poderosísimo para obtener todas las gracias, sabiendo que Dios es misericordioso, fidelísimo y liberalísimo en conceder las gracias que se le piden con viva confianza, si se encaminan y van ordenadas a su mayor gloria, y no perjudican a nuestra eterna salvación.

Más entre las gracias que quiero y deseo pedir cada vez que dijere *Jesús mío, misericordia*, pretendo particularmente pedir la gracia de la perseverancia final, como también la gracia eficaz para amarle, y amarle perfectamente, para que encendida el alma en la verdadera caridad para con Dios, quede toda ella reformada, purificada y unida con Dios.

IX

La caridad

26.— La caridad que mira a Dios como un sumo bien, o mejor dicho, como un mar inmenso de todos los bienes, que contiene en sí todas las perfecciones posibles, y por este motivo debe amarse por sí mismo, me propongo quererla, tener fija en mi corazón como fin y blanco de todos mis pensamientos, fines, movimientos y operaciones. Aún más, me propongo no querer deliberadamente cosa alguna que se oponga al santo amor de Dios. Y si bien no hago voto de esto, tento intención de hacer un propósito firmísimo de buscar siempre en todo lo más perfecto, y de no querer cometer jamás pecado venial con plena deliberación: y si, por desgracia, lo llegare a cometer, juzgaré esto por la mayor desgracia e infortunio que me pueda suceder en esta vida, y lo lloraré delante de Dios, imponiéndome luego la penitencia.

27.— Mas para que pueda así mantenerme puro y limpio del más mínimo defecto, procuraré tener una continua presencia de Dios y abnegación de la propia voluntad y de las pasiones, aún en lo más mínimo, apreciando como tesoros los desprecios, las mortificaciones, las contrariedades, los dolores, la pobreza con todas las incomodidades que consigo lleva la vida pobre, religiosa y penitente; abrazándolas todas de muy buena voluntad, grandes y pequeñas.

28.— Además, procuraré inclinarme preferentemente a las austeridades, rigores, penitencias y a todo aquello que es contrario a la naturaleza corrompida, aborreciendo las delicadezas. Y aunque en esto no dejaré de cometer e incurrir en muchos defectos, y frecuentemente será cogido con el hurto en las

manos, al menos quiero sepa todo el Paraíso que este es mi deseo: amar a mi Dios perfectísimamente y estar continuamente en el ejercicio de ese amor de Dios, excitando frecuentemente en mi corazón actos *amorosos de complacencia* y deleitándome en la contemplación de las infinitas perfecciones; ejercitarme en actos de *amor de benevolencia*, deseando que todos le amen y le bendigan, y en *actos de amor de preferencia*, amando más a El que juntamente a todo lo criado, y aun juzgando por nada todo lo que no es Dios, y por último en actos de *amarguísima contrición* por haberle ofendido tanto.

29.— Asimismo, hago intención de, todo cuanto hiciere y pensare, hacerlo y pensarlo deliberadamente y con el solo fin de amar y de agradar a Dios, cuidando mucho de no realizar acto alguno impensado, sino todo con deliberación, y que en cuanto me sea posible, vaya encaminado con intención actual, o al menos virtual de abrasarme y derretirme en amor de Dios.

30.— A este fin, todo el tiempo que me dejaren libre las ocupaciones ordinarias lo emplearé en oración, o en estar unido con Dios, para aumentar más y más la gracia, entretejiendo continuamente mis acciones con actos de fe, esperanza y amor. Esta será mi ocupación interior, familiar y casi continua.

31.— Y para que la tibieza no me impida tan grande bien, muchas veces al día, y a casi todas horas, por lo menos siete veces indefectiblemente, esto es: una vez al amanecer, concluido el ejercicio y ofrecimiento de todas las obras de Dios; dos veces después de los exámenes; tres veces después de las tres horas de oración acostumbrada, y la última vez, todas las noches antes de acostarme, me convertiré

a Dios con todo fervor, como si entonces comenzare la vida espiritual, protestando con aquel quererle amar ferventísima y continuadamente, volviendo las espaldas a todas las criaturas al convertirme todo a Dios, anhelando que mi corazón se halle desembarazado de todas las criaturas, y permanecer en la mencionada soledad mental, fabricada por la fe, en donde con la vista de la inteligencia no miraré más que a solo Dios, para amarlo con todo el fervor de mi voluntad, sin tener otra aspiración que darle gusto en todas las cosas.

32.— Protesto, además, que todos estos propósitos que hago no tienen otro fin que esta amorosa unión con Dios, continuada día y noche en todos mis empleos y ocupaciones. Y ruego a María Santísima que me alcance esta gracia, y de su bendición a esta mi voluntad y determinación, a fin de que nunca jamás se mude. Amén.

X

Prácticas de cada día

33.— Para estar siempre ocupado en amar a la suma bondad de Dios, señalaré, con la bendición del Padre espiritual, lo que he de hacer cada día, cada semana, cada mes, cada año y en todo tiempo.

34.— Cada día, luego que despierte por la mañana, levantaré la mente a Dios e invocaré la divina misericordia, diendo muchas veces *Jesús mío, misericordia*, con el fin de pedir la ayuda de Dios para todas las obras y acciones de aquel día. Luego haré la sobredicha conversión a Dios, aspirando a unirme estrechamente con El, y protestando que durante el día le quiero amar con todo el fervor posible, como si éste fuera el último de mi vida, teniendo la

intención de querer complacerle en todas las cosas. Postrado en tierra, haré los actos de fe, esperanza, caridad, contrición y ofrecimiento. Poniéndome el cilicio y tomando agua bendita, me dirigiré hacia el Coro, rezando el salmo: *Deus, Deus, meus*.

35.— Lo mismo haré luego que haya despertado de noche para ir a maitines rezando por el dormitorio el samo Miserere. Colocado en el Coro, procederé en todo y por todo conforme a lo establecido arriba sobre el Oficio divino.

36.— Todas las mañanas llevaré puesto el cilicio por espacio de dos o tres horas, hasta tanto que haya celebrado la santa Misa. Y jamás celebraré sin él, aunque sea día solemne.

37.— Todos los días, después de hecho el ofrecimiento, formaré intención de ganar todas las indulgencias que pueda aunque ignore si a las obras que practico están o no vinculadas. Y de las aplicables por los difuntos, ofreceré una por el alma santa, y la otra por aquellas por quienes me apremia mayor obligación de justicia, o de caridad, como son parientes y bienhechores, o también por aquellas que fueron más enamoradas y amantes de Dios y de María Santísima, y por consiguiente fueron más solícitas de su eterna salvación.

38.— Aplicaré también la parte satisfactoria de todas las buenas obras, que hiciere durante veinticuatro horas del día, por el alma más santa del Purgatorio; y si resta alguna parte de satisfacción será por la que he nombrado antes. Así es que, todas las mañanas, en el ofrecimiento de las horas del día, diré: tengo intención de aplicar todas las indulgencias que pueda ganar en este día juntamente toda la sa-

tisfacción de mis buenas obras por las almas del Purgatorio, en la forma acostumbrada.

39.— Las indulgencias de la Estación mayor, procuraré ganarlas tres veces al día.

40.— Todas las mañanas, después de los actos sobredichos, formaré intención de querer consagrar, celebrando; de querer absolver, confesando, y de querer administrar con la debida intención los Stos. Sacramentos. Y renovaré la intención de querer asistir, si fuese posible a todas las Misas que en aquel día se celebren en todo el mundo, ofreciéndolas todas a Dios como si actualmente las oyese todas por el fin sobredicho, según declara en el *ofrecimiento de las obras del día*, que he publicado, y comienza: *Eterno Dios mío*, que recitaré todas las mañanas.

41.— Todos los días rezaré la corona de las siete alegrías de María Santísima. Y no pudiéndola rezar, impedido por las ocupaciones, haré siete actos de complacencia por las siete alegrías que tuvo el corazón de María Santísima.

42.— Cada día haré doce profundas inclinaciones en obsequio y honor de las doce prerrogativas concedidas a la Santísima Virgen por la Santísima Trinidad, adorándola como a mi gran Señora, y congratulándome con Ella de que haya sido creada inmaculada, pura, y elegida para Madre de Dios, pi-diéndole en cada inclinación una pureza angelical, así de cuerpo como de alma, una humildad profundísima y la conversión de todos los pecadores, protestando que la amo de corazón y la quiero amar como a mi gran Señora hasta el último suspiro.

43.— Cada vez que da el reloj, rezaré una *Ave María*, complaciéndome de que María Santísima

haya sido concebida sin mancha de pecado original y elegida para ser Madre de Dios; y daré gracias a la Santísima Trinidad por haberle concedido tan excelsas prerrogativas. Saludaré también al Ángel de mi guarda, dándole gracias por haberme asistido en aquella hora y rogándole que me asista en la siguiente, para que en todo sea fiel a Dios. Y por las horas de la noche, en que no se oye el reloj, las rezaré en otra ocasión.

44.— Tres veces al día, al toque del *Angelus o Ave María*, rezará el *Angelus Domini* de rodillas; y después de la primera *Ave María*, renovaré el voto de pobreza en manos del Niño Jesús; después de la segunda, el voto de obediencia en manos de María Santísima; y después de la tercera, renovaré el voto de castidad en manos de San José, inclinándome profundamente al *Verbum caro factum*, por haberse humillado tanto el divino Verbo por nosotros.

45.— Haré todos los días el *Vía Crucis*, si estuviere en el Convento, no ocurriendo impedimento notable, que me quite el tiempo necesario para ello.

46.— Cada día, durante la oración de la mañana, renovaré el propósito de querer atender a la abnegación de la propia voluntad, del propio juicio y de las pasiones en toda ocasión, aun en las más insignificantes, contrariando siempre el amor propio y estando siempre con el cuchillo de la mortificación en la mano, para cortar todo el apego, todas las aficiones, ya sea en el mirar cosa curiosa o peligrosa, ya en el proferir palabras ociosas, vanas y no necesarias, o en buscar saber curiosidades que no me pertenecen, y mucho más en el comer, mortificándome en todo con el fin de agradar a Dios.

47.— Por tanto, a fin de fomentar la mortifica-

ción, cuando me hallare en los Conventos de retiro, no comeré jamás carne, huevos, pescado ni algún otro plato, por grande que sea la solemnidad. Tomaré si, todos los platos, pero los dejaré con disimulo, contentándome con sola menestra y pan, o a la más, un poco de queso y fruta, no sirviéndome jamás la sal, naranjas, ni otra cosa alguna que atice, o despierte el apetito, o el gusto. Tampoco tomaré pastas, ni dulces, ni cosas delicadas, comiendo únicamente la menestra tal como la sirvan, y frecuentemente le pondré agua para quitarle el gusto, renunciando por amor de Dios a todo placer en el manjar.

48.— Propongo no hablar de estas cosas por ningún motivo, antes bien arrojaré de mi todo pensamiento de manjares y comidas, como se desechan y arrojan los pensamientos contra la castidad.

—49.— Cuando la obediencia me impida esta mortificación bajaré la cabeza y procuraré comer con tedio y disgusto, supliéndolo con otro ejercicio interior, haciendo un mayor número de actos de amor, de contrición y otros semejantes.

50.— En tiempos de Misión, como por orden de nuestro Santísimo Padre Benedicto XIV se introdujo alguna modificación en la comida, que consistía en doble menestra y en un poco de ensalada, y debiéndose servir el cocido, por obedecer, lo tomaré también; pero procurando mortificar siempre el amor propio lo más que me sea posible, sin permitir se ponga jamás ningún plato de pescado o carne y si me presentasen alguna cosa además, se dará a los postres.

51.— Cuando pasare por los Conventos con motivo de viaje, aceptaré lo que me dieren, y después

de haberlo probado, excepto la carne lo dejaré con buenos modos; y cuando la obediencia o la conveniencia del compañero no me lo permitiere, lo supliré con actos interiores, como lo tengo indicado arriba. Otro tanto haré en casa de seglares, por no contradecirles, como también navegando por el mar o por los ríos, o cuando me encuentre en los hospicios con los religiosos, tomando de todo un poco para no disgustarlos.

52.— Por la noche, estando en nuestros conventos de retiro, no tomaré más que una sola cosa, esto es, lo primero que me presenten, que suele ser la ensalada o la menestra; pero no plato alguno, y si lo tomare, no lo comeré.

53.— Estando en Misiones, los días que no son de ayuno, por la mañana tomaré un poco de pan tostado y fruta. Y en los domingos y fiestas, me permitiré algún pescado, y no otra cosa.

54.— Los sábados por la noche, hallándome en los Conventos, ayunaré con todo rigor como los viernes, dejando la acostumbrada ensalada; y estando en Misión, dejaré por la mañana el pan tostado, contentándome con solo el pan y fruta, como los viernes.

55.— En todas las Vigilias de la Santísima Virgen, en las cuales se come en tierra, como en los viernes de Marzo, hallándome en nuestro Conventos, comeré pan y agua en tierra, al menos por la mañana.

56.— Las frutas tempranas que pusieren en la mesa, las ofreceré a Dios, sin probarlas, y de las otras dejaré alguna que me sea más agradable.

57.— Seré parco en el vino, y lo beberé mezcla-

do con agua, por los menos la mitad, antes más que menos.

58.— No beberé nunca fuera de la comida, por mucha que sea la sed o la aparente necesidad; ni comeré cosa alguna por mínima que sea, fuera de la mesa, tanto en el Convento como fuera de él.

59.— Antes de la comida y cena, bendeciré los alimentos, y después daré gracias con reposo, sin precipitar este acto tan debido y necesario, en reconocimiento del beneficio que Dios me ha hecho, y esto aunque no esté la Comunidad en el refectorio. Estando de Misiones, procuraré que se bendiga y se den gracias, lo mismo que se hace en el refectorio. Y si me fuese preciso salir antes que los demás para descansar, daré gracias yo solo, diciendo las mismas oraciones que se dicen en la Comunidad, como si estuviese presente.

60.— Todos los días haré la disciplina, aunque sea día solemne. En las Misiones, será luego después de habernos levantado; y en los Conventos, de noche, después del examen o después de Maitines, aun en los días que no se hace de comunidad. Viajando, la haré también en los Conventos. Y en las casas de seglares, cuando haya comodidad, y no pueda ser sentido.

61.— Andaré siempre descalzo por todo el tiempo de mi vida, aun en viajes largos, lo mismo en verano que en invierno, a imitación del Padre San Francisco y sus compañeros, y a imitación de Cristo nuestro Señor en tiempo de su predicación con el fin de alcanzar de Dios la limosna de la conversión de un alma más.

62.— Dormiré siempre sobre las tablas desnudas, o a lo más, cubiertas con una sola manta. Por

alhomada tendré un leño, o pondré sobre la almohada una tabla cubierta con un paño que se pueda poner de noche y quitar por la mañana.

63.— Diariamente, y aun de noche, llevaré sobre el pecho una cruz con siete puntas, no sólo por sufrir las punzadas, sino también para tener junto al corazón un memorial continuo del corazón doloroso de la Santísima Virgen. Si la obediencia no me lo permitiere, lo supliré con actos interiores.

64.— Haré dos veces al día el examen de conciencia, esto es, al mediodía y a la noche. En el examen del mediodía pasaré la vista ligeramente sobre mi corazón, para ver si conserva la paz interior del alma, fundada sobre la base de la santa humildad y amor ferviente a Dios, examinandó con brevedad si se ha alterado en alguna cosa esta santa paz, a fin de restablecerla con actos de contrición y fervorosas súplicas, pidiendo a Dios su ayuda, diciendo muchas veces: *Jesús mío, misericordia.*

65.— Para mantener, pues, esta paz interior y el espíritu de amor fervoroso, conozco me son necesarias principalmente cuatro cosas, las cuales me propongo practicar.

1.^a Estar muerto al mundo a las criaturas, a mí mismo y a todo aquello que no es Dios, teniendo el corazón desnudo y desembarazado de todo lo criado, de tal manera, que todo aquello que no es Dios ni pertenece a Dios, lo tenga en menos estima que un granito de arena.

2.^a Vivir abandonado en los brazos de la divina providencia; y todo cuanto me suceda durante el día, grande o pequeño, próspero o adverso, atribuirlo siempre a las altas disposiciones de la divina providencia, estando seguro de que aquello es lo

mejor y lo más conveniente, tanto para la gloria de Dios como par mi eterna salvación.

3.^a Amaré el padecer interior y exteriormente, estimando mucho las humillaciones, los desprecios y el abandono de las criaturas. El paraíso del cielo consiste en los goces; el paraíso de la tierra consiste en los padecimientos; y cuando me sean enojosos los desprecios, las enfermedades y las tribulaciones, levantaré la vista a Jesús, que tuvo por compañeros familiares los dolores sumos, los sumos desprecios y la suma pobreza.

4.^a No emprenderé muchos negocios, por buenos que sean, sino sólo aquellos que pide y lleva consigo mi ministerio, conforme al orden de la obediencia.

66.— Sobre todo, resuelvo no obrar con furia y precipitación, sino con calma y modestia, usando de esta santa modestia en las palabras, en las acciones y en todo mi proceder.

67.— Todos los días, pues, al mediodía, daré una revista a mi corazón. para ver si se ha alterado la paz y aflojado el santo fervor. Si acaso faltare en algunos de estos cuatro puntos, luego que lo notare, haré al punto un acto de contrición y propósito de enmendarme.

68.— El examen de la noche será un poco más largo: por tanto, poniéndome en la presencia de Dios, pediré su luz para conocer todas mis faltas cometidas durante aquel día, y examinaré brevemente con la memoria las acciones más principales, teniendo en cuenta y reflexionando los lugares, las personas y los negocios emprendidos, para saber cómo me he portado en el hablar, pensar, celebrar, conversar y rezar el Oficio divino. Si me he excedido en

el alimento y en el descanso; si he empleado bien el tiempo y guardado bien los sentidos; si he tenido inquietudes e inmodestias en el mirar, si he proferido palabras ociosas, vanas, inútiles, de poca caridad, de poca prudencia, de jactancia, excusas de los propios defectos, resentimientos, juicios temerarios, sospechas; si he hablado con demasiado acaloramiento, con pequeñas exageraciones; si he tenido negligencia en desechar los malos pensamientos y en reprimir las malas inclinaciones. Y si conociese haber incurrido en muchos defectos, reflexionaré que son aún más los que ignoro y no conozco; porque las mismas obras buenas han debido estar manchadas con el amor propio, buscándome más a mí mismo que a Dios, y no habré tenido aquella sencilla y pura intención que conviene, destruyendo el valor y mérito con la frialdad del afecto. Así es que tendré gran motivo de confundirme y pedir perdón a Dios de los dichos defectos, con actos de contrición y firme propósito de la enmienda. Y en hacer estos actos me entretendré más que en el examen, con advertencia, empero, de ponerme desde el principio e inmediatamente en la presencia de Dios. Porque de otra suerte, si se da entrada a cualquier pensamiento importuno, se pasa el tiempo, si hacer nada de provecho.

69.— De noche, antes de tomar el descanso, me encomendaré a todos mis Santos abogados, formando como una letanía es esta forma, diciendo:

Kyrie eleison. Christe eleison. Sta. María ora pro me. Sta. María, ora pro me. Sta. María, ora pro me. Ste. Josep, ora pro me. Ste. Joannes Baptista. Ste. Petre. Ste. Paule, S. Joannes Evangelista, S. Joachim, Sta. Anna, S. P. Francisce, S. Antoni, S. Bernardine, S. Vi-

centi Ferreri, S. Petre de Alcantara, S. Paschalis, S. Ludovice, S. Fracisce Xaveri, S. Aloysi, S. Fracisce de Paula, S. Philippe Neri, S. Joannes a Cruce, S. Vincenti a Paulo, S. Theresia, S. Maria Magdalena Poenitens, S. Catharina Senensis, S. Cahtarina Martyr, S. Maria Magdalena de Pazzis, S. Leonarde, S. Aloysi Martyr, S. Salvator, orate pro me. Omnes Sancti et Sanctae Dei, orate pro me. Oremus Protege Domine.

70.— Después haré los actos de fe, esperanza, caridad y contrición, protestando querer vivir y morir en la santa fe católica romana y exhalar mi último susperiro con un acto intensísimo de amor de Dios.

71.— Inmediatamente haré el ejercicio de San Vicente para bien morir. Recomendaré mi alma a Dios como si aquella noche fuese la última de mi vida, y como si hubiese de morir en ella, diciendo tres veces: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.*

72.— Luego rezaré *el De profundis* por mi alma, como si me hallase muerto, rogando a Dios me lo tenga en cuenta para cuando en realidad haya fallecido.

73.— Y a fin de morir fortalecido con los Santos Sacramentos de confesión y comunión, me encomendaré a Sta. Bárbara con un *Pater* y *Ave*. Luego con el *Angele Dei qui Custos*, invocaré la protección del Santo Angel Custodio, para que me asista en todo el tiempo que estuviese descansado. Rociaré la celda con agua bendita; y, hecha intención de que todas mis respiraciones durante el sueño sean otros tantos actos de amor a Dios, me acostaré sobre las tablas con modestia, y tomando en la mano la cruz,

o el crucifijo que llevo en el pecho, diré muchas veces: *Jesús mío, misericordia*, y procuraré dormir, habiendo rezando antes la oración de San Vicente para bien morir.

74.— Para llevar a cabo estas obras cotidianas, andaré vigilante y cauteloso, huyendo no sólo de la ociosidad exterior, perdiendo el tiempo con entretenerme a hablar con religiosos y seglares de cosas inútiles y vanas, a no ser que alguna vez sea esto prudente e inexcusable, sino que mucho más huiré el ocio interior de la mente, a cuyo fin, ora andando por el Convento, ora yendo por las calles, me conduciré con modestia, repitiendo frecuentemente la jaculatoria: *Jesús mío, misericordia*.

75.— Besaré las cruces dondequiera que las encontrare, diciendo: *O Crux, ave, spes unica*.

76.— Tomaré agua bendita cada vez que pueda, y para este fin procuraré tenerla siempre en la celda, y durante las Misiones, en el cuarto. Y todas las veces que la tomare, haré un acto de contrición, diciendo: *¡Oh Dios mío! ¡Bondad infinita! Porque te ofendí y no te amé sobre todas las cosas, te amo sobre todas las cosas, y me duelo y arrepiento sobre todas las cosas, y no quiero jamás ofenderte. Dios mío, ten misericordia de mí*.

79.— Viendo a Jesús crucificado o cualquier instrumento de la Pasión, diré: *la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo sea y esté siempre en mi corazón*.

78.— Viendo las imágenes de María Santísima, rezaré un *Ave María*, y haciendo una profunda inclinación, dire interiormente: *Vos sois mi amada*.

79.— Al encontrarme con alguna persona, mi saludo será decir: *Alabado sea Jesucristo*. Y este modo de saludar lo extenderé y propagaré por todas

partes donde diere Misión, a fin de que sea siempre bendito y alabado Nuestro Señor Jesucristo. De esta manera procuraré estar siempre ocupado alabando y haciendo alabar al buen Jesús.

80.— El sello que marcará todas mis acciones, todo cuanto me propongo hacer diariamente, es la intención, no sólo recta, sino pura y sencilla, a fin de que ellas sean muy meritorias y agradables a la divina Majestad. Confieso que en este punto debo poner toda la diligencia posible, porque vale más delante de Dios, un acto con intención pura y sencilla, que cien hechos de otra suerte y de otra manera. Esta pureza de intención es aquella que roba el corazón de Dios y le tributa grandísima gloria y alabanza. Esta es la que santifica al alma y la hace perfecta. Esta es la que hace preciosas todas las virtudes y las eleva y levanta a un sumo y elevadísimo mérito, porque esta es la flor y la nata del amor de Dios.

81.— Por esta razón, con la gracia de Dios, procuraré valerme de todas las industrias para llegar a practicar todas las acciones mencionadas con esta pura y sencilla intención, la cual consiste en buscar en todas las cosas sólo el agrado de Dios, sin mezcla alguna de fines secundarios. Obrando con esta santa intención, debo olvidarme de todas las criaturas, de todas mis comodidades, de mi propio interés y de todo respeto humano. Pero sobre todas las cosas debo hacer una: buscar en todas el gusto de Dios, pues es cosa mucho más noble, más meritoria y más grata a Dios, practicar las virtudes en Dios y por Dios, que hacerlas por amor de Dios; porque quien obra o practica las virtudes por amor de Dios, puede mezclar con ellas algún fin secundario; pero el que las obra solamente en Dios y por Dios, es decir,

el que mira sólo a Dios en todas las cosas, excluye todo otro fin, de este modo, se forma la intención pura y sencilla, que roba el corazón de Dios.

82.— Por tanto propongo tener esta intención en todas las obras sobredichas. Y para tenerla, antes de cualquier acción avivaré la fe en la parte superior de la inteligencia y miraré a Dios Trino y Uno en el centro de mi alma y en el fondo de mi corazón, enderezando a sólo El la tal acción que pretendo ejecutar, buscando solamente su agrado y divino beneplácito diciendo interiormente: *Todo por Vos, Dios mío*. Con esto espero salir con mi intento, mediante la paz del corazón de que antes he hablado.

83.— En el examen del mediodía reflexionaré si en mis acciones he dado esta mirada interior a Dios, y si hubiese buscado su agrado en todo. Si hallare que he sido defectuoso, me arrepentiré, imponiéndome luego una penitencia, proponiendo la enmienda. Más, atento a que este punto es de la mayor importancia, porque es el alma de la vida espiritual, ruego a Dios y a María Santísima me asistan para poderlo practicar con toda perfección, deseando tenerla actual en todas mis acciones. Mas, porque esto es difícil, la quiero tener al menos virtual, siquiera convencional, diendo al principio de todas mis obras: *Jesús mío, misericordia*. Y diciendo estas palabras, es mi voluntad, una vez para siempre, renovar esta santísima intención, pura y sencilla, que mira a sólo Dios, que busca sólo su agrado y beneplácito en todas las cosas.

XI

Cada semana

84.— Cada semana escogeré una virtud en que

ejercitarme, y haré sobre ella el examen del mediodía, que de ordinario será la paz del corazón, fundada en la humildad, con la sencilla y pura intención, que he dicho, antes, en todas las cosas.

E industriándome para habituarme a este santo ejercicio, procuraré tener el corazón siempre en paz, y la intención actual en sólo Dios; y cuando dé el reloj, rezaré el *Ave María* del modo sobredicho, dando una mirada a mi corazón, para ver si anda el reloj interior, y se ha introducido en él alguna inquietud, a fin de arrojarla y recobrar la paz.

XII

Cada mes

85.— Cada mes leeré estos mis propósitos, para ver si he sido fiel. Esto lo haré el día primero; y si en este día me hallare ocupado e impedido por otros muchos negocios u ocupaciones, como suele acontecer en las Misiones o fuera del Convento, escogeré otro día del mes menos ocupado, haciendo también un día de retiro, para prepararme a bien morir, según método del *Manual sagrado*, publicado para Monjas.

86.— Si durante las Misiones no pudiese leer todos estos propósitos, ni hacer el día de retiro, leeré al menos lo más importante, escogiendo un día entre una y otra Misión, procurando hacer el día de retiro del mejor modo posible o esperar que terminen las fatigas de la Misión. Hacer este rendimiento de cuentas es sumamente necesario, a fin de estar preparado para el día en que el Señor se digne llamarme.

XIII

Cada año

87.— Cada año, si me es posible, me retiraré una o dos veces a algún Convento solitario para hacer los Santos Ejercicios, lo más largos que pueda, insistiendo con los Superiores para que me concedan esta gracia, renovando allí todas las máximas, sentimientos y santos propósitos aquí escritos, a fin de adelantar en la perfección y aumentar más y más la gracia y caridad para con Dios, cortando todos los malos retoños de vicios, defectos y pasiones.

88.— Conozco por experiencia que me es más necesario este retiro que la misma vida. Porque sin esto mi vida sería estéril y ociosa, y andaría siempre de mal en peor; y las Misiones serían ineficaces y de poco fruto. Para este fin solicitaré con grandes empeños que los Superiores me concedan la gracia de retirarme a algún Convento solitario, y allí entregarme por completo a Dios, renovando todos estos propósitos, lo cual será bueno que coincida con el santo tiempo de Cuaresma.

XIV

Voto de pobreza

89.— En todo tiempo procuraré guardar con suma exactitud los santos votos.

90.— Primeramente en cuanto a la pobreza, que es el distintivo y divisa de nuestra santa Religión, procuraré imitar en cuanto me sea posible a mi Padre San Francisco y a sus primeros compañeros, siguiendo sus máximas y amando las incomodidades que consigo lleva la pobreza, debiendo animarme a ello la grandeza del premio, pues S. Pedro y S. Pablo revelaron un día al Santo Padre que los religio-

sos que guardasen perfectamente la pobreza hasta la muerte vivirían seguros de su eterna salvación y estarían escritos en el libro de los bienaventurados. Con todo, no me moveré a obrar por solo el premio, sino por el gusto y contento que se da al Corazón de Jesús, el cual quiso nacer pobre, vivir pobre y morir pobrísimo, hasta quedar desnudo sobre el árbol de la Cruz.

91.— Para guardar con perfección la santa pobreza, la distinguiré en cuatro suertes o clases de pobreza.

La primera se refiere y mira a las cosas terrenas, que nos priva de todo dominio de ellas, y aun del uso superfluo, contentándonos con lo puramente necesario, y esto con moderación.

La segunda pobreza mira al cuerpo, despegándonos de todas las comodidades y afectos desordenados que se refieren a nuestra carne, como son: el uso superfluo o delicado de la comida, vestido, habitación y otras cosas semejantes, superfluas y delicadas.

La tercera pobreza mira al alma, que la purifica de todos los pensamientos inútiles y ocisos, de todas las aficiones desordenadas del propio juicio y de la propia voluntad, y de otras semejantes inclinaciones contrarias a la recta razón.

La cuarta pobreza mira al espíritu desprendiéndolo de los mismos gustos y consolaciones espirituales y de otros apegos interiores, como de ser un gran santo o de llegar a un grado de gracia y gloria sublime, no consintiendo que el mismo gozar de Dios y la adquisición de la gloria sea con demasiado apego, contentándome con aquel grado de gracia y de glo-

ria que desde la eternidad me tiene señalado el Altísimo.

92.— Estas dos últimas clases de pobreza son las más preciosas. Y estando tan lejos de ellas, rogaré al P. S. Francisco me lo consiga y alcance de Dios. Y para mover a tan grande Padre que me las obtenga, procuraré imitarle en cuanto pueda en la pobreza interior que mira el uso estrecho de las cosas: para lo cual propongo observar los puntos siguientes:

1.º No llevaré más que un sólo hábito, remendado dentro y fuera, como dice en su testamento nuestro Padre San Francisco, y las piezas de lana y paño grueso que me servirán durante los sermones para recibir y limpiar el sudor, y terminado el sermón, me las quitaré; si la obediencia me obliga a llevarlas en otros tiempos, obedeceré.

2.º Jamás usaré hábito ni manto nuevo, sino los usados que hayan dejado otros, y remendados, como queda dicho.

3.º No tendré cosa alguna para mi uso, sino el crucifijo que llevo al pecho, un saquito y un cartapacio para guardar los sermones y manuscritos, el breviario, la regla, el cilicio, la cruz con puntas, gafas, corona, dos disciplinas, una para hacerla en público y otra para la noche cuando la practique en secreto; una imagen de papel de la Inmaculada Concepción de S. Vicente Ferrer y la cruz para bendecir a los enfermos: nada más que esto tendré para mi uso.

4.º No daré más cosa alguna, por pequeña que sea, ora sea de devoción, ora sea de otras cosas, ni a los religiosos, ni a seglares, ni inmediatamente por mí, ni por medio de otros; dejando que los compañeros de Misión dispongan a su voluntad respecto

de dar alguna cosa de devoción, sin que yo me meta en nada. Con el mismo fin, me abstendré de recibir para mi persona cosa alguna, por mínima que sea, siendo en esto rigurosísimo, sin rendirme jamás por persuasión alguna que me obligue a ello, sintiendo en esto mi alma suma quietud y tranquilidad.

50.— Amaré las cosas más pobres, como hábito, comida, habitación o cosa semejante, deseando me falte alguna cosa de lo necesario; y cuando llegue la ocasión, haré actos interiores de complacencia, aunque la parte inferior se resienta.

60.— Tendré parsimonia en todas las cosas: en la comida, en la luz, en el fuego, en el agua, en la habitación, en escribir cartas y cosas semejantes; cuidando, durante la Misión, de no excederme, haciendo caso de las cosas pequeñas. Y por amor a la santa pobreza, dormiré sobre las tablas desnudas, andaré remendado y descalzo y me ocuparé gustoso con los pobrecitos confesándolos con más satisfacción que a los ricos.

Aborreceré las cosas curiosas, vanas y superfluas; inclinándome siempre al rigor de la pobreza, por imitar en cuanto me sea posible al Saráfico Padre, con deseo de que toda la Orden se restituya a aquel primer rigor que usaba él y sus benditos compañeros. Y aunque en la práctica cometeré muchos defectos contra esta santa virtud, pero mi deseo y propósito es de querer enmendarme y que sepa mi Santo Padre que quiero y deseo ser pobre y vivir pobre y pobrísimo hasta la muerte.